

Había una vez (pues obvio, ni modo que hubiera dos veces) un morro que le encantaba irse a jugar a las maquinitas, le valía gorro que fueran las doce y que la señora de la tienda le dijera que ya se fuera, total esa señora era su tía y le daba chance e igual le estaba pagando. Se la pasaba en puro y puro jugar, no le paraba, con una moneda se terminaba todos los juegos, se volvió una riata en esas cosas ¡y no le paraba en todo el día! (normal, casi se la vivía de eso), y así.

Como no tenía jefe no lo regañaban, y su mamá y su hermano se la llevaban el el trabajo, el plebe como no le compraban más que la comida iba de tienda en tienda a ver que novedades. Eso sí, en la noche a la casa de su tía porque sino ahí si lo agarraban a chanclazos, su mamá ya sabía que era medio vicioso pero mientras no hiciera nada (que lo llevara a la "peni" o algo) pues lo dejaba ser. Y se entretenía con eso, le valían las horas, él andaba agarrado juegue y juegue sin que le parara un rato, a los demás hasta les gustaba verlo porque ya de tanto que se conocía los juegos se los pasaba sin perder vidas o que le ganaran. Nunca faltaba la reta y él se escogía los monos que fueran, sabía usar a todos. Y así de día en día se fue haciendo conocido y se iba yendo más lejos a jugar en otras máquinas.

Nada más que un día, así de repente, se desapareció, nadie más supo de él ni de lo que le pasó, se lo tragó la tierra.

Unos vatos dicen que de tanto jugar, se quedó hasta las tres o cuatro de la mañana y salieron unos brazos eléctricos que se lo tragan, que se murieron porque se electrocutó o que hasta se volvió un monillo del juego, otros dicen que estaba hartó y se fue de la casa, dizque tenía problemas con su jefa porque tenía muy malas calificaciones y nomás jugaba, otros que por un pleito por su hermano se fue con unos camaradas y de ahí se fue a un rancho a vivir; yo si supe más o menos lo que le pasó, pero no le voy a decir a nadie, mejor que anden abusados por donde andan, y colorán colorado este cuento se acabó.